

Jornada de apostolado seglar en la diócesis de Ciudad Real,  
organizada por la Delegación diocesana de Apostolado Seglar

PRESBITEROS Y LAICOS AL SERVICIO DE UNA ÚNICA MISIÓN

NUEVO ESTILO DE COLABORAR EN LA EVANGELIZACION DE  
LA LAICIDAD

Camino Cañón Loyes

Ciudad Real, 22 de mayo de 2010

Hace unos días, leía en el Plan diocesano de Pastoral de esta diócesis de Ciudad Real, que “la comunidad cristiana está llamada a reconocer que el sacerdocio ordenado es un regalo que Dios hace a la persona elegida, a su familia, a la comunidad a la que pertenece, a la que se le encomienda y a toda la Iglesia”. Las primeras palabras que encuentro para hacernos eco de este año sacerdotal, expresan el deseo de que por ambas partes, sacerdotes y laicos, vivamos la realidad del sacerdocio como un don, como un regalo, y por tanto, como algo que recibimos y agradecemos.

En este mundo nuestro en el que lo sagrado parece haber escondido sus huellas, el sacerdote es una expresión de la presencia de Cristo en la cotidianidad, pero cada vez más sólo reconocible por unos cuantos. Los miembros laicos de la Iglesia esperamos que este signo tenga toda la fuerza, que actúen como ministros de santificación, "puentes" del encuentro con Él, de su mediación entre Dios y los hombres y entre los hombres y Dios (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 5).(cfr. Alocución de Benedicto XVI, del miércoles, 5 de mayo, 2010)

La exposición de don Pedro Escartín ha centrado nuestra reflexión en este marco del año sacerdotal, que celebra la Iglesia. Quiero partir de alguna de las afirmaciones hechas por él y ampliarlas con algunas referencias al documento conciliar *Lumen Gentium*, que en su número 10 y siguientes trata del sacerdocio común de los fieles.

“Los bautizados por el hecho de serlo, laicos y sacerdotes, constituimos es el pueblo cuya **condición** es la libertad y la dignidad de los hijos de Dios, en cuyos **corazones habita** el Espíritu Santo. Somos un pueblo cuya **ley** es el nuevo mandato del amor, amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cf. Jn. 13,34). Un pueblo cuyo **fin** es dilatar más y más el reino de Dios, un pueblo que aunque con frecuencia aparezca como una pequeña grey, es sin embargo **un germen** de unidad de esperanza y de salvación para todos.”<sup>i</sup> Un pueblo cuyos miembros compartimos el don del **sacerdocio santo** “para que, por **medio de toda obra** del hombre cristiano, **ofrezcan** sacrificios espirituales y **anuncien** el poder de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 Pet. 2,4- 10)”.<sup>ii</sup>

Tomar conciencia de todo lo que se dice en este texto, es un programa para el vivir diario. Hacer presente el misterio de Dios a través de nuestras palabras y obras, a través de nuestro modo de vivir, a través de nuestras comunidades cristianas, anunciar en nuestro mundo que Dios tiene poder para sacarnos de las tinieblas y adentrarnos en la luz de la vida y de la resurrección, es un **difícil y apasionante desafío** que nos afecta a todos, presbíteros laicos. Es la tarea de evangelizar, la cual, en palabras de Pablo VI, constituye la identidad más profunda de la Iglesia.<sup>iii</sup>

En el modo de situarnos, sacerdotes y laicos, ante este desafío, la *Christi Fideles Laici* dio un paso adelante respecto del Concilio. Éste había

hablado de: “**Ayuda** del clero al apostolado seglar” (*Apostolicam Actuositatem* n°25) y veinte años después, esta encíclica habla de “**un nuevo estilo de colaboración** entre sacerdotes y laicos” (n° 2.9). Entre ambas expresiones constatamos un avance significativo en el lenguaje, que pasa de decir “ayuda” a pedir “un nuevo estilo de colaboración”. Avance, que podemos complementar con la petición del documento *Pastores dabo vobis*, citado por Pedro Escartín, cuando dice con nitidez que el ejercicio del sacerdocio ministerial sólo puede ser ejercido como una tarea colectiva, en unión con el obispo y con el laicado “en una relación positiva y animadora, ya que su figura y su misión en la Iglesia (la del presbítero) no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el pueblo de Dios”.<sup>iv</sup> A desentrañar un poco este avance vamos a dedicar nuestra reflexión esta mañana.

## **LA BUSQUEDA DE UN NUEVO ESTILO DE COLABORAR**

Al detenerme a pensar en el alcance de esta petición expresada en *Christi Fideles Laici*, n°29, se me vinieron al recuerdo unos versos de Machado al olmo seco de la ribera del Duero en las altas tierras sorianas:

Mi corazón espera / También hacia la luz y hacia la vida /

Otro milagro de la primavera.

Y escuché en ellos una invitación a orientar la dirección de la mirada, hacia el lado por donde llega la luz. Pensé que quizás podíamos asomarnos a alguna ventana abierta hacia paisajes que aunque estaban ahí, aún no nos son familiares y pueden por ello, confundirnos e incluso suscitar en nosotros inquietud, preocupación o miedo. Situaciones de nuestra sociedad que no están en continuidad con lo que habíamos vivido, modos de pensar, de juzgar, de actuar propios de nuestra cultura, que se nos

presentan difícilmente conciliables con los modos de pensar de juzgar y de vivir cristianos.

### **Un nuevo modo de colaborar para evangelizar la cultura de laicidad**

Así pues, consideré que los nuevos modos de colaborar presbíteros y laicos, sobre los que podíamos reflexionar juntos esta mañana, se sitúan sobre un escenario que tiene novedades, novedades para todos, y que por lo mismo la misión evangelizadora que se nos ha confiado va a requerir un nuevo modo de colaborar entre nosotros. Entre los diversos escenarios que requieren novedad en el modo de presentarnos cristianos, he pensado en concreto, en la *cultura de laicidad* que está impregnando nuestras sociedades europeas con algunos rasgos muy acentuados en nuestro país.

La sociedad española es ya una sociedad donde convivimos personas procedentes de diversos países y culturas, personas creyentes y no creyentes, y quienes invocamos a Dios, no lo hacemos con el mismo nombre. Nos reconocemos miembros de comunidades cristianas, musulmanas, judías,..., nos sustentamos en tradiciones distintas, nos identificamos con símbolos diferentes, rezamos con gestos y palabras intransferibles a otros. Hay una pluralidad religiosa que reclama un modo nuevo para la presencia pública de nuestra fe cristiana.

En nuestra sociedad se está abriendo paso un proceso a la vez sociocultural y político, al que llamamos *laicidad*. Nos han anunciado que muy pronto el gobierno presentará al parlamento un proyecto de ley de libertad religiosa. En el Foro de Laicos, iniciamos en noviembre una reflexión sobre este tema, para situarnos ante él no de manera reactiva, sino propositiva y crítica. Mi aportación aquí se sitúa también en continuidad con esa perspectiva (Y aunque la crisis económica que se agudiza cambie

los planes, la situación sociológica y cultural nos invita a pensar en estas coordenadas).

Como **proceso socio-cultural** es un intento de gestionar la diversidad, de manera que la gente pueda vivir libremente de acuerdo con sus preferencias, en un clima de respeto y tolerancia. Se trata de impedir cualquier tipo de exclusión basada en el modo de vida, en elementos étnicos, raciales, sexuales o religiosos.

Como **realidad política**, el principio de laicidad se opone a la imposición de una religión, ideología o pensamiento. Ante la configuración plural de la sociedad civil, delimita un tipo de Estado que ha de proteger la libertad religiosa, la libertad de creer o no creer, de expresar o practicar una fe de forma libre y pacífica.

Para algunos, este doble proceso cultural y político significa el mayor enemigo de la fe y un factor de destrucción del cristianismo, que asedia y acorrala a la Iglesia. Hay también otros que convierten este doble proceso en ideología militante contra toda expresión religiosa, que es considerada superstición y comportamiento infantil, y no faltan algunos que esta actitud hostil la centran preferentemente en el cristianismo, y en particular en la Iglesia católica. Todos somos conscientes de que hay una deriva multicultural y posmoderna de la laicidad, en la que la sociedad se considera un supermercado que ofrece los productos religiosos y culturales sin diferenciarlos. Con mucha frecuencia también, la laicidad posmoderna se confunde con la conmutación de los valores, la indiferencia y el todo vale.

Estamos pues, en una sociedad que vive la pluralidad con perplejidad; una perplejidad que tiende al relativismo y a desdibujar identidades. Una perplejidad que a la vez que desdibuja identidades, genera en ciertas

minorías el fenómeno de acentuarlas, con formas que a menudo las hacen ser blanco de críticas y rechazos.

Recordemos, brevemente, la perspectiva desde la que el mundo católico ha mirado la laicidad. Con ocasión del centenario de una ley francesa en 1905, que estableció la separación de la Iglesia y el Estado, Juan Pablo II en el año 2005, en una carta a los obispos franceses comentó:

*“El principio de laicidad, bien entendido, pertenece a la doctrina social de la Iglesia. La laicidad no es un lugar de confrontación y desencuentro sino un ámbito para un diálogo constructivo, en el espíritu de los valores de libertad, de igualdad y de fraternidad.”*

Y los obispos europeos con ocasión de la Constitución de la Unión Europea afirmaron que:

“La laicidad es una de las **aportaciones** que los mismos cristianos deben hacer a la construcción de la convivencia”.

Una petición que nos trae al recuerdo las palabras de Jesús: “Vosotros oís la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo”.

En nuestro país se nos anuncia, como decíamos, la promulgación de una ley de libertad religiosa que primero habremos de debatir y que luego nos obliga a situarnos ante una nueva realidad social promovida por ella. Por eso, es importante que sacerdotes y laicos sepamos colaborar juntos para vivir con lucidez evangélica esta nueva realidad.

Pues si la Iglesia existe para evangelizar, como decía Pablo VI, la pregunta que tenemos que hacernos es sencillamente ésta: ¿Cómo podemos los cristianos evangelizar en una cultura de laicidad? ¿Cómo afirmar nuestra identidad ofreciendo a otros las claves que la configuran, y ser a la vez respetuosos con otras identidades? Porque como muy bien decía don Pedro

en la última práctica pastoral que enumeraba: “convencernos de que “testimonio de vida”, “anuncio explícito de Jesucristo”, y “evangelización de la secularidad” no son tareas excluyentes, sino elementos integrantes de la misión”.

### **Una línea de fuerza para evangelizar la cultura de laicidad**

Una línea de respuesta que quiero proponer aquí es ofrecer un modo de vivir tal, que quien nos vea de cerca pueda preguntarse: ¿De dónde les viene la fuerza para mantenerse honestos en su trabajo, justos en sus juicios y en sus decisiones, amables en sus relaciones, entregados en el cuidado de unos para con otros, magnánimos en su compartir, valientes en la defensa de la vida?

Para iluminar la línea de respuesta que quiero compartir con vosotros, me ha parecido oportuno traer al recuerdo de todos, un texto cristiano del siglo segundo, no conocida hasta el siglo XV: la *Carta a Diogneto*. En ella encontramos una descripción, que es a la vez propuesta, del modo de estar los cristianos en la sociedad pagana de aquel tiempo y que puede iluminar la búsqueda de cómo hemos de estar nosotros entre nuestros contemporáneos anunciado el Evangelio en una cultura de laicidad.

En la introducción de la *carta a Diogneto*, leemos que:

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto”.

Podríamos decirlo de nosotros mismos: compartimos las ciudades y los pueblos con los que profesan otras religiones o se confiesan ateos o agnósticos, hablamos su misma lengua, usamos los mismos lugares

para educar a los hijos, los jóvenes frecuentan los mismos espacios de ocio, coincidimos en los ámbitos de trabajo. Si bien, como dice el texto:

“Siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida (y), sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble.”

“Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho”

“Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes”.

“Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo”.

“Aman a los que los odian”.

“Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. (...). (Y) es ella (el alma) la que mantiene unido el cuerpo; (...)ellos son los que mantienen la trabazón del mundo”.

La cultura, en la que vivían aquellos primeros seguidores de Jesús, era pagana, y el cristianismo se abrió paso gracias a **un modo de vivir** que acabó siendo admirado. También ahora, la manera de vivir los cristianos ha de suscitar interrogantes, una manera de vivir que sea **sal** que da sabor y la **luz** que posibilite ver de una manera nueva, con sentido y esperanza, los acontecimientos del tiempo presente.

En el libro de los Hechos, cuando los apóstoles Pedro y Juan que habían sido detenidos, son milagrosamente liberados, se les dice que expliquen íntegramente al pueblo **esta manera de vivir** (cfr.5, 20). A ellos, a los presbíteros corresponde explicar, anunciar el mensaje con la autoridad



que les ha sido conferida. Pero todos los miembros del pueblo de Dios podemos escuchar esta indicación y recibir como misión el dar cuenta íntegramente de nuestra manera de vivir, a nuestros contemporáneos, a nuestros vecinos, a nuestros compañeros de trabajo, a nuestros compañeros del sindicato o de partido.

Un dar cuenta que puede ser realizado con el *decir* de las palabras, cualificadas en el caso e los presbíteros, y con el *mostrar* de los hechos. Con las palabras, que dan explicación de las motivaciones de nuestra manera de vivir y de actuar, de elegir y de renunciar, damos razón de nuestra esperanza. Con los hechos, hacemos asequible y podemos hacer admirable este modo de vivir. Pues los hechos muestran cómo en nuestras vidas hay tiempo para compartirlo con otros, para cuidar a los más débiles de la familia, los hechos evidencian que la buena preparación y la honestidad están presentes en el ejercicio de la profesión, o que en la familia y en las relaciones de pareja priman el amor y la lealtad.

*Decir y mostrar*, de manera que quien nos vea vivir, se haga la pregunta que formulábamos antes : ¿De dónde les viene a estos, que son mis vecinos, mis compañeros, mis familiares, la fuerza para mantenerse honestos en su trabajo, justos en sus juicios y en sus decisiones, amables en sus relaciones, entregados en el cuidado de unos para con otros, magnánimos en su compartir, valientes en la defensa de la vida?

Una línea de respuesta que quiero proponer esta mañana es que necesitamos colaborar de una *manera nueva* sacerdotes y laicos para **generar y dar visibilidad en las** parroquias, y en las asociaciones y movimientos, **a comunidades cristianas**, que:

1. Generen identidad, es decir, comunidades donde crezcamos personas que seamos ciudadanos responsables y cristianos alegres.

2. Alimenten el sentido del vivir cotidiano, sus luchas, sus logros y sus fracasos, con la Palabra y de la Eucaristía.
3. Ayuden a discernir los modos de elegir y de actuar en una sociedad compleja como la nuestra.
4. Evidencien la fuerza humanizadora de la caridad en el compromiso con los que sufren enfermedad, soledad o exclusión.
5. Donde sus miembros nos reconozcamos en la celebración y en los símbolos sacramentales.
6. Contribuyan, por los modos de relacionarse entre sí sus miembros y también con otros, a alimentar virtudes cívicas que humanicen la vida pública.

Evangelizar la cultura de laicidad en la que estamos inmersos, pide de nosotros que invirtamos nuestras mejores energías en construir comunidades vivas, donde participemos personas plurales en edades, procedencias, en nivel de estudios, en ideas y adscripciones políticas. Comunidades donde crezcamos personas que somos a la vez sujetos responsables en la sociedad civil, capaces de dar cuenta entre nuestros contemporáneos de nuestra identidad cristiana con audacia. Comunidades que nos ayuden a escuchar la música del espíritu en el interior de cada uno.

Detengámonos unos minutos en precisar alguna línea de cómo realizar esa colaboración entre sacerdotes y laicos, en orden a llevar a cabo la evangelización de nuestra sociedad laical. En concreto, quiero señalar como un camino de avance viable y asequible, el discernir conjuntamente. Veamos qué significa en este contexto y en qué puede consistir.

Somos personas que aunque actuamos **individualmente**, **estamos referidas a una comunidad**, formamos un pueblo, no nos situamos

como individuos aislados y posesivos, sino que nos sabemos ligados a un pueblo con una tradición, y por ello, conscientes de que somos deudores de lo mejor de nosotros mismos. Nos sabemos formando parte de ese pueblo, que como leíamos en la *Lumen Gentium*, tiene por condición la libertad y la dignidad de los hijos de Dios, y por ley el mandamiento nuevo del amor. Y aunque nuestra experiencia personal nos lleve a veces a sentir nuestra fragilidad y pobreza, incluso nuestro pecado, nos sabemos portadores de “un germen de unidad, de esperanza y de salvación para todos”.

Tenemos así el mejor sustrato para que **sacerdotes y laicos** podamos encontrar un camino de colaboración y crecimiento mutuo, pues nos sabemos parte de ese pueblo en el caminamos conjuntamente. Pensar juntos cómo orientar la formación de los laicos para que lleguemos a ser sujetos con fe honda, para que podamos hacer uso público de la razón sostenida por la fe. Sujetos moralmente responsables que busquemos cómo dar respuesta a los problemas educativos, económicos, productivos, de la gestión local o de la política, a los planteados por los avances de la ciencia y la tecnología en relación al desarrollo humano y el desarrollo de los pueblos. Personas que además de pensar y de hacer, sabemos entrar en el interior de sí mismos para recibir el don del amor y de la verdad, que el Espíritu regala a quienes se disponen a acogerlo. Buscar juntos, orar juntos, compartir experiencias de vida de manera que la Palabra sea en verdad “Lámpara para nuestros pasos”. Esto es, **discernir conjuntamente**. En palabras recientes de Benedicto XVI: “hacer que la inteligencia de la fe se convierta en inteligencia de la vida”, y en palabras de nuestros obispos de la CEAS: Discernir “para servir mejor a la Iglesia y a la sociedad”.

Cómo hacerlo, es una de las tareas para las que Benedicto XVI nos ofrece elementos de iluminación en su carta de convocatoria del año sacerdotal:

“Deben escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, **para poder junto con ellos reconocer los signos de los tiempos**”.

Así pues, en primer lugar, los presbíteros, invitados a presidir la comunidad como quien sirve, según nos recuerda el lema del día que estamos celebrando, son invitados también por el Papa a hacer este ejercicio de discernimiento conjunto empezando por “escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana”. Y los laicos, además de agradecer esa disposición del sacerdote somos invitados a ofrecer cordialmente el fruto de nuestro saber y de nuestra experiencia en los ámbitos en los que nos hallamos implicados, como quien pone a disposición de la comunidad los dones recibidos para contribuir a su edificación. Porque también nosotros debemos estar en la comunidad “como quien sirve”.

Por otra parte, poner a disposición el propio saber, requiere asumir la existencia de visiones plurales, de interpretaciones y posiciones diferentes respecto de los mismos hechos, y no perder nunca de vista que lo que buscamos es servir mejor, empuja la historia en la dirección de la “caridad en la verdad”, por usar una expresión ya familiar en la Iglesia. Del sacerdote se espera que oriente el discernimiento, situando lo aportado a la luz de la Palabra y de la tradición y el magisterio de la Iglesia. Buscar juntos la luz y los pasos a dar en situaciones nuevas, es un ejercicio que se realiza en la oración, en la escucha, en el diálogo y el estudio contrastado, y que contribuye a la vez a la madurez de las personas y de la propia comunidad, y que aporta un ejemplo al entorno social y a sus gobernantes.

Podríamos ver en este ejemplo un modo no sólo de construir y fortalecer la comunidad cristiana, sino también de contribuir con ello a **la fecundación de la cultura de laicidad en la dirección del Reino**. Pues, al realizarlo, en palabras de Benedicto XVI, “contribuiremos a dar fuerza a la verdad, mostrando su capacidad de autentificar y persuadir en la concreción de la vida social”. Y esto, añade, “no es algo de poca importancia hoy, en un contexto social y cultural, que con frecuencia relativiza la verdad, bien desentendiéndose de ella, bien rechazándola”. (*Caritas in Veritate* n°2)

Identifiquemos conjuntamente, sacerdotes y laicos, cuestiones que afectan a la vida eclesial, a la vida de los cristianos, de los católicos en particular. Identifiquemos en nuestro entorno social cuestiones que afectan, al respeto a la vida, a la dignidad de cada persona y colectividad, y sometamos a discernimiento compartido los modos de presencia y actuación. Para ello necesitamos también participar activamente en los espacios eclesiales existentes, y mejorar nuestros modos de organizarnos como laicos.

En una sociedad a la que no resulta evidente el mensaje del Evangelio, ni comprensibles las palabras con el que lo anunciamos, ni muchos de los gestos que realizamos para celebrarlo, hemos de proponernos buscar conjuntamente expresiones que hagan deseable formar parte de la comunidad eclesial y vivir según el Evangelio. En particular, busquemos juntos cómo colaborar en la construcción de las **virtudes públicas**, mostrando cómo valores arraigados en la experiencia y en la tradición cristiana son ahora, a veces con nombres nuevos, los valores emergentes que desarrollan humanidad en esta cultura.

Pienso en concreto, en una virtud clásica como la compasión, para la que hoy existe, en su aproximación negativa de rechazar la crueldad una gran sensibilidad, incluso cuando se trata de los animales. En el caso de los seres humanos, la crueldad adopta a menudo la forma de humillación,

que si nos detenemos un momento, descubriremos las múltiples expresiones con que está presente en nuestras relaciones cotidianas.

La humillación y la crueldad son formas de relación humana que repugnan a la sensibilidad y su denuncia y erradicación podemos hacerla los cristianos, de la mano del mandamiento del amor. Sería ésta una vía a desarrollar en el interior de la comunidad cristiana y en las relaciones con nuestros contemporáneos en el ámbito de la sociedad civil, apuntando a convertirla en una **virtud pública de nuestra sociedad democrática**. Por ello entiendo que evitar la crueldad es éticamente exigible en los comportamientos no sólo privados, sino también en los públicos. Y a la vez, entiendo que trabajar en esta dirección, lleva consigo dos líneas de acción: la promoción de una educación de los sentimientos compasivos por una parte, y por otra la acción política de dar forma institucional a las acciones solidarias que hacen operativos esos sentimientos. (cfr. C. Cañón: Pensar la Compasión. A Villar y M. G<sup>a</sup> Baró eds. Madrid, UPCO, 2008, p.156)

Sacar a la luz y poner en primer plano la capacidad de cada ser humano de identificarnos con los que sufren, de manera que reconozcamos en ellos a “uno de nosotros”, no sólo por enfermedades o por desastres naturales, como hemos podido experimentar recientemente, con las tragedias de Haití o de Chile, sino también por la acción humillante y violenta de otros seres humanos sobre ellos, es una aproximación muy positiva a mi juicio. Pensemos en cuestiones de violencia terrorista, o en el ámbito de las relaciones interpersonales en organizaciones de diverso signo.

En los últimos tiempos hemos avanzado en este reconocimiento en nuestra cultura. La tipificación de los maltratos en el interior de las parejas, como violencia de género, sacándolas de la impunidad de las relaciones íntimas, es un paso importante en esta dirección. También lo es el que hoy la discriminación de las personas homosexuales por el hecho de

serlo, lo consideremos una humillación inaceptable. Y otros muchos ejemplos que, a cada uno de ustedes, sin duda, les habrán venido al recuerdo.

La Iglesia ha sabido, en su historia, plasmar con creatividad y generosidad sentimientos de compasión de la mejor calidad hacia los que sufren carencias y marginación. Nuestra sociedad ha olvidado con frecuencia la calidad de esas obras que hoy son hospitales públicos, escuelas, servicios sociales. Son obras clásicas de calidad, que nuestra sociedad, desde una cultura de laicidad, prefiere cambiarles el nombre, pero que aún así, los cristianos seguimos teniendo un protagonismo en ellas, y es bueno que lo reconozcamos. Puedo decirlo desde mi experiencia como presidenta del foro de laicos, que las asociaciones que lo integran, cubren de manera complementaria el amplio abanico de ejercer la caridad y la compasión con alegría y afabilidad entre colectivos clásicamente desfavorecidos, y también, con creatividad, entre los que nuestra sociedad actual está dejando en la cuneta.

En el interior de la Iglesia, ese “vivir apasionados por la comunión”, cobra aquí la perspectiva de desarrollar una mirada fraterna de sabernos hijos de un Padre común que buscan cómo anunciar su Reino entre los hombres; una mirada que perciba la vulnerabilidad que todos nosotros llevamos dentro, y que mueva nuestras entrañas a los sentimientos de misericordia con que nos sabemos acogidos por Dios. Un modo asequible a todos de fecundar nuestra cultura de laicidad con sentimientos y comportamientos que dan concreción y realidad a la Palabra del Señor: “he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.” (Jn.10, 10b)

Deseo terminar con las palabras finales de Benedicto XVI en su alocución del miércoles cinco de mayo:

“Queridos amigos, sed conscientes del gran don que los sacerdotes son para la Iglesia y para el mundo; a través de su ministerio, el Señor sigue salvando a los hombres, haciéndose presente, santificando. Sabed agradecer a Dios, y sobre todo sed cercanos a vuestros sacerdotes con la oración y con el apoyo, especialmente en las dificultades, para que sean cada vez más Pastores según el corazón de Dios. Gracias”.

<sup>i</sup> Cfr. Lumen Gentium, n.9.

<sup>ii</sup> Ibidem, n.10

<sup>iii</sup> Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, n.14

<sup>iv</sup> Pan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 74, b, e

---

<sup>i</sup> Cfr. Lumen Gentium, n.9.

<sup>ii</sup> Ibidem, n.10

<sup>iii</sup> Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, n.14

<sup>iv</sup> Pan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 74, b, e